

EL ISLAM EN ESTADOS UNIDOS: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IMAGEN

JORGE CAPETILLO PONCE
The New School for Social Research

Introducción

“LA AMENAZA ROJA DESAPARECIÓ. Pero ahora está el islam”. Éste es el titular de la sección “Week in Review” del número del 21 de enero de 1996 de *The New York Times*. El planteamiento del artículo es que

[...] hoy en día gran parte del mundo musulmán es presa nuevamente de un resentimiento intenso y violento contra Occidente. De repente, Estados Unidos se ha vuelto el archienemigo, la encarnación del mal, el diabólico opositor de todo lo que es bueno, y específicamente, para los musulmanes, del islam.¹

El artículo continúa presentando argumentos a favor y en contra de la postura según la cual “la amenaza verde” del fundamentalismo islámico representa un peligro real para los intereses occidentales.

Hace ya algún tiempo que esta manera de presentar el islam a los lectores estadounidenses se ha vuelto típica. No es de sorprender, dado que el fin del siglo xx se ha caracterizado por la incontenible efervescencia del islam. Durante los últimos veinte años, en especial desde el embargo petrolero de los países árabes en 1977 y la revolución iraní de 1979, la percepción del islam que tiene la mayoría de los estadounidenses se ha vuelto cada vez más negativa. Tras la caída de la Unión Soviética (“la amenaza roja”), “la amenaza verde” ha

¹ E. Scolio, “The Red Menace is Gone, but Here’s Islam”, *The New York Times*, 21 de enero de 1996, sección 4, p. 1.

llegado a superar otras “amenazas” como los capos de la droga, los inmigrantes mexicanos ilegales y la “mafia” rusa, entre otras.

De hecho, la antipatía que existe en Estados Unidos hacia el islam como religión y hacia los musulmanes como grupo de población (como si fuera posible proponer una versión estandarizada de los casi mil millones de musulmanes que habitan en millones de kilómetros cuadrados, desde Marruecos hasta Filipinas, y que forman parte de una enorme variedad de sociedades, estados, historias, geografías y culturas), ha arraigado firmemente como un ingrediente cotidiano en la cultura de los medios de comunicación y como un tema recurrente de discusión en los círculos académicos y centros de investigación.

Como telón de fondo esencial de este interés tan grande está el hecho de que la población musulmana de Estados Unidos ha aumentado en forma impresionante desde principios de siglo. Las cifras, que difieren mucho entre sí, acerca de la población musulmana actual de Estados Unidos, varían entre los cuatro y los seis millones de personas. Pero algo en lo que sí concuerdan casi todos estos cálculos es que para comienzos del próximo siglo el islam habrá superado al judaísmo como la segunda religión más importante de Estados Unidos, después del cristianismo. Sin embargo, contrastando notablemente con los esfuerzos de los medios de comunicación por “normalizar” la imagen de otras minorías religiosas y étnicas como los judíos, los afroestadunidenses, los hispanos y los asiáticos, tanto la cultura de los medios de comunicación como los instrumentos más serios que conforman la opinión pública (la academia, etc.) se han empeñado en construir la imagen del islam como una religión y una cultura, en general, casi tan negativa como la que Joseph McCarthy y compañía construyeron sobre los “comunistas” en los cincuenta. Al islam se le tilda de autoritario, misógino, fanático e incluso de terrorista, y esto ha creado inevitablemente en las masas estadounidenses un clima de opinión y patrón de juicio adversos respecto del islam como religión y cultura.

El espectacular crecimiento del número de musulmanes en Estados Unidos se ha producido en un momento en el que

muchos ciudadanos estadounidenses experimentan una furia creciente —alimentada por la negativa imagen antes descrita— contra los musulmanes de otras partes del mundo así como gran hostilidad y discriminación contra los musulmanes estadounidenses. Un claro ejemplo de esto fue la noticia del reciente atentado con una bomba al edificio federal de la ciudad de Oklahoma. Durante las primeras horas, antes de que se descubriera que los autores del atentado estaban ligados a grupos radicales en favor de la supremacía de la raza blanca, inmediatamente se culpó a los “fundamentalistas islámicos”. De hecho, ésta fue una reacción casi automática, un “acto reflejo” por parte de los medios de comunicación e incluso de muchos círculos académicos más “serios”.

Es la construcción de este patrón de juicio —es decir, la manera en que los medios de comunicación y las esferas académicas han “dado a conocer el islam”— lo que describiré y analizaré brevemente en este trabajo. Como es un tema complejo y amplio, centraré mi estudio en los últimos cinco años (1991-1996), tomando como punto de partida más reciente, a la Guerra del Golfo contra Irak a principios de 1991. Limitaré mi estudio a unos cuantos ejemplos tomados de los medios estadounidenses —principalmente crónicas periodísticas, programas de televisión y películas— y a los comentarios provenientes de círculos académicos estadounidenses, incluyendo los de los especialistas y no especialistas en el tema del islam.

En una obra tan provocadora como *Covering Islam*, Edward Said describe el nuevo consenso occidental que ve al islam como un conveniente chivo expiatorio de todo lo que da la casualidad que no nos gusta acerca de los nuevos patrones políticos, sociales y económicos del mundo: “para la derecha, el islam representa la barbarie; para la izquierda, la teocracia medieval; para el centro, cierto exotismo de mal gusto. En todos los frentes, empero, se está de acuerdo en que aun cuando es demasiado poco lo que se conoce del mundo islámico, no hay mucho que sea aceptable.”²

² Edward Said, *Covering Islam*, Nueva York, Pantheon Books, 1981, p. XV.

Antecedentes históricos

Se puede decir justificadamente que la construcción de finales del siglo XX que examinamos aquí, se remonta hasta las cruzadas, las cuales generaron una profunda repugnancia hacia el islam en los siglos XII y XIII. En el *Infierno*, Dante sentenció al profeta Mahoma y a su sobrino Alí al noveno infierno, por ser peligrosos sembradores de la discordia y la desunión:

Pendíale entre las piernas las entrañas;
la corada se vía y el triste saco
que vuelve mierda todo cuanto traga.

Mientras lo estaba atento contemplando,
me miró y con las manos se abrió el pecho,
diciendo: "Mira cómo me desgarró",

mira cuánto Mahoma está maltrecho;
de mí delante va llorando Alí,
rajado el rostro del mentón al pelo:

los otros todos, que tú ves aquí,
sembradores de escándalo y de cisma
fueron vivos, y hendidos son así.³

Mahoma se consideraba como la figura que rompió el riguroso control que la cristiandad tenía en Europa, y por ello fue sentenciado al castigo más cruel que se describe en el *Infierno*: vivir en un perpetuo destripamiento. Sin duda esta imagen es representativa del más medieval sentimiento europeo hacia el islam, y fue heredada de generación en generación.

El islam surgió apenas seis siglos después del cristianismo, incorporando algunas de las doctrinas del judaísmo y del cristianismo y pretendiendo ser la revelación divina definitiva. En ese entonces al islam lo impulsaba —y lo impulsa actual-

³ Dante Alighieri, *The Comedy of Dante Alighieri*, Canto XXVIII (Hell), trad. de Dorothy Sayers, Nueva York, Basic Books, 1948, pp. 246-247. [*Id.*, *La divina comedia*, trad., introd. y notas de Julio Úbeda Maldonado, ed. íntegra. Libros Río Nuevo, Barcelona, 1983, canto XXVIII, vv. 25-36, pp. 194-195 (ligeramente retocada).]

mente— un celo dinámico de propagación global que chocó frontalmente con el mismo impulso cristiano. La universalidad del cristianismo se vio amenazada por este espíritu dinámico a medida que el islam se expandía por Asia y África, hasta llegar, en el siglo XVII a las puertas mismas de Viena, haciendo añicos la acariciada esperanza que tenía Europa de convertir todo el mundo al cristianismo.

Con la decadencia del imperio islámico —similar a la decadencia del imperio otomano en los siglos XVIII y XIX (uno de los principales acontecimientos que señaló esta decadencia fueron las campañas de Napoleón en Egipto y Siria, en 1798-1799)— se hizo más fácil y abierto el acceso al mundo islámico para los viajeros, muchos de los cuales eran escritores y eruditos.

Aquí ya vemos el comienzo de la creación de esa nueva imagen de exotismo, operada entonces principalmente por la literatura y la investigación académica, que tan bien describe Edward Said en *Orientalism*. Estos enfoques literarios adoptaban una actitud en la que su posición de superioridad era flexible y “que colocaba al occidental en toda una serie de relaciones posibles con el Oriente, sin por ello perder su relativo dominio”.

En *Orientalism*, Said señala que los científicos, los eruditos (como Louis Massignon), escritores de la talla de Nerval y Flaubert; los misioneros, los comerciantes y los soldados, todos estaban en el Oriente o pensaban acerca de éste porque

[...] podían estar ahí o podían pensar en él con muy poca resistencia por parte de Oriente. Bajo el título general de Oriente, y al abrigo de la hegemonía occidental sobre Oriente durante la época de fines del siglo XVIII, surgió un Oriente complejo adecuado para el estudio en la academia, para exposiciones en los museos, para la reconstrucción en la oficina colonial, para la ilustración teórica en tesis antropológicas, biológicas, lingüísticas, raciales e históricas acerca de la humanidad y el universo, para ejemplos de teorías económicas y sociológicas de desarrollo, revolución, personalidad cultural, carácter nacional o religioso.⁴

⁴ Edward Said, *Orientalism*, Nueva York, Vintage Books, 1979, pp. 7-8.

De esta manera, una imagen del mundo oriental (que en el libro de Said es principalmente un mundo islámico) surgió a través de un grupo de ideas basadas en las doctrinas de la superioridad europea. De hecho, se puede decir que nuestra visión contemporánea del islam es heredera directa de las construcciones ideológicas de los últimos dos siglos, las cuales se basan en una voluntad o interés por entender —y en algunos casos controlar y manipular, o incluso incorporar— cualquier cosa que sea patentemente diferente o alternativa, en este caso el islam.

A diferencia de los países europeos, que tenían proximidad geográfica, una historia y contactos a través del comercio, la guerra, etc., con las sociedades islámicas, Estados Unidos estaba a miles de kilómetros de distancia. Por eso fue que en Estados Unidos esas imágenes del Oriente y del islam se adoptaron sin un ápice de duda y fueron amplificadas por el aumento de la presencia y autoridad del cristianismo fundamentalista protestante y evangélico, con su énfasis en el Antiguo Testamento y la interpretación literal de las Escrituras como la palabra infalible de Dios. Un componente importante de esta concepción del mundo es la creencia literal en las profecías bíblicas, en las cuales los antecedentes judaicos de la doctrina cristiana y la genealogía judía de Cristo son puestos de relieve. Lo que esto ha dado como resultado es una cultura judeocristiana más o menos monolítica, en la que existe una íntima interrelación entre ambas religiones abrahámicas.

Claro que esta visión ignora (porque le conviene) la tercera religión abrahámica, el islam, que tiene raíces judías y cristianas. Por eso al islam se le margina y se ve como el enemigo de ambas. Así se sientan las bases de la esencia misma del conflicto árabe-israelí; a saber, un amargo enfrentamiento en relación con el estatus de Israel, Palestina e incluso Jerusalén. Nada de esto, y ni en particular el violento clima que han generado los problemas en el Medio Oriente, ha favorecido que mejoren en algo los ánimos de empatía hacia lo islámico.

El persistente espectro del Holocausto y la importante presencia en los medios de comunicación de Estados Unidos de judíos estadounidenses, con una comprensible preocupación por la sobrevivencia de Israel, deben tomarse en cuenta en

cualquier intento por entender la creación contemporánea de la imagen de lo árabe y del islam en Estados Unidos. Tras el establecimiento del Estado de Israel, la amenaza más inmediata para su existencia provino de los árabes y, en particular, de la oposición palestina. Gradualmente, esto condujo a que se formara una organización de liberación más violenta, la Organización para la Liberación Palestina (OLP), y su dirigente, Yaser Arafat, poco a poco fue convertido por los medios de comunicación, la mayor parte de los trabajos académicos y el gobierno en el prototipo del “terrorista árabe”, un término que entonces se usaba para dirigentes y países como el Egipto de Nasser, la Siria de Asad, el Irak de Hussein, y la Libia de Gadafi; y después de la caída del shah, para el Irán de Jomeini y para diversos grupos de Líbano como la Hizb-Allah.

En cierto sentido, el grado de enfrentamiento de estados árabes o islámicos específicos con Israel, determina la caracterización más negativa o positiva del islam. La imagen de Egipto y de Sadat sufrió una radical conversión “positiva” después de la firma del pacto de paz de Sadat con Israel en 1978. Otros países menos amenazantes como Arabia Saudita, los estados del Golfo, Túnez, Marruecos, Argelia (antes de la “amenaza fundamentalista islámica de los noventa”) y Jordania, que tenían gobiernos autoritarios parecidos a los de Irán, Irak o Siria, fueron vistos desde entonces con mejores ojos e incluso recibieron ayuda del gobierno de Estados Unidos.

El llamado “embargo petrolero” de 1977, que elevó los precios del petróleo en Estados Unidos, es otro suceso que ha fomentado una imagen negativa de los árabes, a los cuales una vez más se les identificó con el islam. Los medios de comunicación presentaron este acontecimiento como si unos cuantos jeques y déspotas le hubieran endosado su ambición y codicia al público estadounidense, y por conveniencia se pasaba por alto que otros países no musulmanes como Venezuela y Ecuador también fueran miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Pero el conflicto real, y el que hizo del islam una amenaza más “terrorista” y “real” para Estados Unidos, procedió de un país no árabe: Irán.

Los sucesos que desembocaron en la revolución iraní de 1979 y la crisis de los rehenes que siguió al poco tiempo, nos

recuerda otra vez cuán estrecho es el campo de problemas que exploran los medios de comunicación (la emisión televisiva que viene a la memoria es "American Held Hostage" que pronto le dio a Ted Koppel su propio *show* conocido ahora como *Nightline*) y los círculos académicos. En lugar de llevar a cabo un cuidadoso examen de los orígenes de la revolución iraní y de los compromisos de Estados Unidos con el shah y —después del regreso de los rehenes en 1981— qué había significado el trauma iraní, qué entrañaba para el futuro y qué se podía aprender de ello, los medios y los expertos académicos hicieron muy poco más allá de provocar una ola de resentimiento contra los iraníes, y en consecuencia, una vez más contra el islam en general. Las víctimas (es decir, los rehenes) fueron convertidos en héroes y símbolos de la libertad y sus carceleros musulmanes, en bestias subhumanas. De nuevo la dinámica política de una experiencia histórica completa se reducía a "la guerra en contra de la civilización hecha por terroristas y fundamentalistas".

Como ya señalé, las reacciones hacia lo que sucedió en Irán no se dieron en un vacío. Más al fondo de la conciencia cultural subliminal del público estadounidense había una actitud muy antigua hacia el islam, los árabes y el Oriente en general. En los libros de historia para primaria, las tiras cómicas las series de televisión, las películas y las caricaturas contemporáneas, la iconografía del islam era uniforme y tomaba su material de la misma consagrada visión del islam. De ahí las frecuentes caricaturas de musulmanes como codiciosos vendedores de petróleo, como misóginos (un buen ejemplo de esto es el documental filmado en 1980, "Death of a Princess", que relata el asesinato de una princesa saudí y de su amante por el gobierno), como terroristas, y más recientemente, como sanguinarias turbas de fanáticos religiosos (los llamados "fundamentalistas"). En cambio, muy poco espacio se ha dedicado, en la cultura en general o en el discurso específico sobre los no occidentales, para hablar o incluso pensar, mucho menos mostrar, al islam o cualquier cosa islámica con simpatía.

Los medios de comunicación estadounidenses y su retrato del islam desde la Guerra del Golfo

En las dos primeras partes, hemos echado un breve vistazo sobre algunos de los elementos importantes que deben tomarse en cuenta si queremos entender la creación de la imagen del islam en los años noventa del presente siglo, y más especialmente desde la Guerra del Golfo de 1991, ya que ésta constituye el siguiente acontecimiento capital después del embargo petrolero, la revolución iraní y la crisis de los rehenes, y el bombardeo de Libia por Estados Unidos en 1986. También representa la primera vez que Estados Unidos toma la iniciativa, aunque con el apoyo diplomático y militar de otros países como Gran Bretaña y Francia, y suministra tropas, apoyo logístico y armas, en un conflicto de proporciones mayores en Medio Oriente. Estados Unidos también contaba con aliados en otros países musulmanes de la región, en particular Egipto y Arabia Saudita, e incluso, aunque la seguridad de Israel era una preocupación importante, no era una razón para ir a la guerra comparable con 1) el petróleo y 2) mantener la influencia de Estados Unidos en la región.

Por supuesto que los medios de comunicación y algunos académicos habían convertido a Saddam Hussein en una bárbara bestia durante el intervalo entre la invasión de Kuwait por Irak y el inicio de la guerra en enero de 1991. Pero lo más importante es que hubo una cobertura continua de las noticias, a menudo en un tono positivo, de los países musulmanes de la región, en particular de Arabia Saudita, donde estaban estacionadas las tropas de Estados Unidos. La cobertura incluía fragmentos de la cultura y la religión islámicas que, aun conservando el aura habitual de exotismo, también ofrecieron imágenes más respetuosas del islam.

Esta nueva imagen más positiva del islam se reafirmó aún más, y al mismo tiempo pasó por una prueba difícil, cuando una de las personalidades del mundo árabe que durante decenios había sido vista como uno de los peores enemigos de Israel y de Estados Unidos y como uno de los terroristas más prominentes, Yaser Arafat, hizo las paces con Israel. Este proceso supuso imágenes televisivas y fotografías en los periódicos.

eos en la Casa Blanca con el presidente Clinton, el presidente de Israel Yitzak Rabin y el ministro del exterior Peres. Este acto todavía se considera como uno de los momentos brillantes del gobierno de Clinton en el ámbito de la política exterior.

Sin embargo, una imagen negativa que se ha ido construyendo durante siglos no puede ser cambiada en unos cuantos años. Cuando la reacción ante el atentado en el World Trade Center en abril de 1993, perpetrado por un pequeño grupo de terroristas cuyo dirigente era Sheik Omar Abdel Rahman —un hombre que Egipto acusó de haber sido el responsable de la conjura para asesinar a Anwar Sadat—, podemos ver el resurgimiento de todos los elementos negativos que ya mencionamos. Aquí de nuevo vemos el amplio uso en los medios de comunicación estadounidenses de los términos “musulmán” o “islámico” para describir actos de violencia o barbarie.

Un buen ejemplo de esto es la portada del número del 26 de julio de 1993 de *The New Yorker*. Ésta muestra a un terrorista árabe destruyendo una versión del World Trade Center de Nueva York en forma de castillo de arena infantil.⁵ Ese mismo año, los estudios Walt Disney lanzaron una película inmensamente exitosa (y no sólo desde el punto de vista financiero): *Aladino*. La letra de una de las canciones de la cinta era originalmente así:

¡Oh! vengo de una tierra
de un lejano lugar
que caravanas de camellos recorren
donde te cortan las orejas
si no les caes bien
Es bárbara, pero ¡vaya! es mi tierra.⁶

Tras una reunión con el Comité árabe-estadunidense contra la discriminación, el cuarto y quinto versos se modificaron hasta quedar así:

⁵ *The New Yorker*, 26 de julio de 1993.

⁶ *Aladino*, Estudios Walt Disney, 1993.

donde todo es plano e inmenso
y el calor muy intenso

No obstante, la palabra “bárbara” no se cambió. Incluso *The New Yorker* señaló en su editorial que las canciones de *Aladino* eran racistas.⁷

El atentado en el World Trade Center, y la cobertura noticiosa posterior de los juicios a los responsables, de nuevo cargaron de energía negativa el clima de opinión hacia el islam. A finales de 1994, el Public Broadcasting Service (PBS) difundió el documental “Jihad en Estados Unidos”, donde se caracteriza a los musulmanes como proclives a destruir las instituciones estadounidenses, y se afirma que el concepto islámico de *jihad* (guerra santa) es central para la psique islámica.⁸

El mismo año, la película *True Lies*, con Arnold Schwarzenegger en el papel principal, explotaba descaradamente esta tendencia negativa antimusulmana y antiárabe, presentando a esta gente como terroristas enloquecidos. Por supuesto que las películas tendenciosas contra los árabes o el islam no son un fenómeno nuevo. En 1994, la revista *Time* publicó una lista de películas encabezada por *The Sheik*, con Rodolfo Valentino (1921), *Protocol* (1984) y *Jewel of the Nile* (1985), que muestran a los árabes como exóticos amantes, desquiciados por la lujuria. *Lawrence of Arabia* (1962), muestra a los árabes como políticamente ingenuos y necesitados de la tutela de algún occidental más sabio. *The Formula* (1980), *Rollover* (1981) y *Power* (1981) tratan de demostrar que el árabe es un plutócrata sin escrúpulos, que debe su riqueza al petróleo. *Black Sunday* (1977) y *Delta Force* (1986) pintan a los árabes como terroristas.⁹

Una reacción muy sintomática de los medios de comunicación y de algunos académicos —la cual revela la persistencia de la imagen construida o del patrón de juicio— fue la que se produjo durante las primeras horas y días tras el atentado en

⁷ Tomado de Ralph Braibanti, *The Nature and Structure of the Islamic World*, Chicago, International Strategy and Policy Institute, 1985, pp. 5-6.

⁸ “Jihad in America”, *The Public Broadcasting Service (PBS)*, noviembre de 1994.

⁹ Michael Quinn, “Where have you gone, Omar Sharif?”, *Time*, 8 de agosto de 1994, p. 19.

la ciudad de Oklahoma al edificio federal y que señalaba a los “extremistas islámicos” como los responsables. Por ejemplo, sólo unas horas después del estallido de la bomba, el ex diputado Dave McCurdy dijo durante una emisión de la cadena CBS que había “muy clara evidencia” de que “grupos fundamentalistas islámicos terroristas” estaban involucrados. Le recordó a los televidentes que no hacía mucho, la emisión “Jihad in America” había mostrado una reunión de militantes islámicos en la ciudad de Oklahoma.¹⁰

Una de las tendencias más fascinantes en los medios de comunicación y en otros ámbitos, es la de los intentos por mostrar imparcialidad hacia el islam al dividir a los musulmanes entre “buenos” y “malos”.

Por ejemplo, la edición de *The New York Times* del 28 de enero de 1996, incluye un reportaje de la visita del alcalde Giuliani a la mezquita de Malcolm Shabbaz (ex discípulo de Malcolm X). El alcalde de la ciudad de Nueva York había sido invitado por Izaq-El-Pasha, imán de la mezquita ubicada en la esquina de la calle 116 y avenida Lenox, en el barrio de Harlem.

En 1994, después de haberse tomado la decisión, acremente criticada, de quitar a los vendedores ilegales de la calle 125 de Harlem, el gobierno encabezado por Giuliani pidió a la mezquita que administrara un mercado instalado en un estacionamiento propiedad del gobierno de la ciudad. Al aceptar el plan, el imán le hizo un favor al gobierno de Giuliani, pues calmó una “situación potencialmente volátil”, y “el mercado es ahora un éxito financiero para los vendedores, la mezquita y la ciudad”. En contraste con esta actitud positiva, el reportero, David Firestone, señala la actitud negativa de los miembros de la Nación del islam:

Las relaciones de la mezquita con el Ayuntamiento contrastan con las de la Nación del islam, cuya sede está en la calle 127. En ese tiempo, la Nación del islam apoyaba las quejas de los vendedores contra la ciudad, y a unas semanas de iniciado el periodo del alcalde, éste se vio

¹⁰ Reportaje de Walter Goodman en *The New York Times*, 20 de abril de 1995, sección B, p. 12.

involucrado en una disputa con los dirigentes del grupo, después de que la policía y miembros de la Nación del islam se enfrentaron dentro de la mezquita.

Para no dejar lugar a dudas, Firestone añade:

Aunque casi todos los miembros de la mezquita Malcolm Shabbaz son negros, el grupo ya no está afiliado a la Nación del islam o a su dirigente, Louis Farrakhan, quien solía predicar en la mezquita. A la muerte del fundador del grupo, Elijah Muhammad, en 1975, su hijo Waarith D. Muhammad convirtió a sus seguidores y a la mezquita de la calle 116 a la doctrina musulmana ortodoxa sunita, mientras el señor Farrkhan condujo a sus seguidores en otra dirección.¹¹

A lo largo de este reportaje surge un sesgo inequívoco, según el cual, los musulmanes de Waarith D. Muhammad son buenos y los de Louis Farrakhan malos. Esta tendencia también se puede ver en la información sobre sucesos fuera de Estados Unidos, como los últimos atentados en Jerusalén, donde un cuidadoso análisis de los nuevos reportajes revela una clara tendencia a hacer de los seguidores de Arafat los “buenos” musulmanes y de los miembros del Hamas, los “fundamentalistas islámicos”, los musulmanes “malos”.

Pero en lo que toca a Israel, periódicos como *The New York Times* y noticieros como los de la CNN no escatiman su apoyo al Estado y sus actos, aunque se trate de “errores terribles” como el reciente bombardeo que hizo Israel de un campo de refugiados de las Naciones Unidas en Líbano, en el que murieron más de cien civiles en cuestión de minutos. Al día siguiente del ataque, el encabezado de *The New York Times* rezaba: “Bombardeo de Israel alcanza campamento de las Naciones Unidas en Líbano; al menos 75 muertos”, lo cual da una descripción ecuánime y equilibrada del suceso. Sin embargo, junto a este titular hay uno más pequeño que dice: “Pistoleros en Egipto matan a 18 personas en un ataque a un hotel de turistas”, lo que parece ser una forma de sugerirle al

¹¹ David Firestone, “A Visit to the Mosque”, *The New York Times*, 28 de enero de 1996, sección A, p. 28.

lector que aunque ese día los israelíes mataron más gente que los musulmanes, aún así había cierto equilibrio.¹²

Pero dos días después, el 21 de abril de 1996, el suplemento dominical *The Week in Review* tenía el siguiente encabezado: "Artillería de Israel. Dolor del Líbano. Victoria de Siria". El asunto de las recientes muertes en Líbano, cuyo saldo total era para entonces de cerca de doscientas víctimas, casi queda completamente ignorado. Sin embargo, otra vez se hace una mención al pasar del "error" de Israel, pero lo que se destaca es la situación política de la región. Según el *Times*, quien sale ganando con estas muertes es el hombre fuerte de Siria, Hafez Al-Assad, ya que "Assad siempre ha buscado ser el que podía vetar la paz. Ahora lo ha logrado". Así, un "error" israelí que mató o hirió a cientos de libaneses (para no hablar de los cientos de miles que hizo huir de sus hogares), quedó convertido en una "derrota" de Israel y en una "victoria" de Siria. El incidente, el "error", se transformó en tan sólo un puente político entre ambos.¹³

El martes 23 de abril de 1996, cinco días después del bombardeo, *The New York Times* publicó un texto en la página editorial de un reconocido especialista en Medio Oriente, Daniel Pipes. Ahí también se responsabilizaba a Siria del incidente, afirmando que "Hamás, así como Hezbollah, sigue las órdenes de Assad". A la derecha de este artículo central hay un comentario de A. Rosenthal titulado "El espejismo del Medio Oriente". Rosenthal dice que Estados Unidos, con la visita del secretario de Estado Warren Christopher a Damasco para buscar un cese al fuego, está "premiando a Siria por empezar guerras". Ya no se mencionan más ni las muertes ni el sufrimiento en el Líbano.¹⁴

¹² Douglas Jehl, "Israeli Barrage Hits U.N. Camp. in Lebanon, Killing at Least 75" y Youssef M. Ibrahim, "Gunmen in Egypt Kill 18 in Attack at Tourist Hotel", *The New York Times*, 20 de abril de 1996, sección A, p. 1.

¹³ Youssef M. Ibrahim, "Israel's Artillery. Lebanon's Pain. Syria's Victory", *The New York Times*, 21 de abril de 1996, sección 4, p. 1.

¹⁴ Daniel Pipes, "Syria's Battle on All Fronts" y A. M. Rosenthal, "The Mideast Mirage", *The New York Times*, 23 de abril de 1996, sección A, p. 27 (página editorial).

El discurso académico sobre el islam

La construcción de la imagen negativa del islam tal como se presentó en la sección anterior, ha arraigado tan profundamente en los medios de comunicación estadounidenses como para ser cosa de todos los días. Pero también tiene una presencia significativa en círculos intelectuales más serios, sobre los que se apoyan los medios de comunicación, no sólo para sus análisis sino para seguir una orientación. Los artículos de prestigiosas revistas académicas y las secciones especializadas de los periódicos, las entrevistas en la televisión, el diseño y los títulos de las portadas de libros, así como el contenido de los mismos, todos han contribuido a construir esta imagen negativa.

En general, aquellos expertos académicos que se dedican a estudiar el islam han tratado la religión y sus varias culturas dentro de un marco ideológico inventado o culturalmente determinado, teñido de pasión, prejuicio defensivo, a veces incluso de repulsión. Este marco ha tendido a oscurecer al islam real, haciendo que resulte muy difícil llegar a entenderlo.

Con mucho, el análisis académico más influyente publicado en los últimos años sobre el islam como un probable enemigo de Occidente fue un artículo fundamental y provocativo: "The Clash of Civilizations?" que apareció en un número de *Foreign Affairs*, en 1993. Si bien el paradigma ofrecido por Samuel Huntington, autor del artículo, abarca a todas las civilizaciones, destaca al islam. La futura competencia entre las unidades políticas mundiales, dice Huntington, ya no será entre naciones sino entre civilizaciones que comprenden grupos de naciones. Las civilizaciones más importantes serían la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslavo-ortodoxa, la latinoamericana y "posiblemente" la civilización africana. La afirmación más provocadora de Huntington tiene que ver con una llamada "conexión confuciano-islámica":

Aquellos países que por razones de cultura y poder no desean, o no pueden, unirse a Occidente, compiten con él desarrollando su propio poder económico, militar y político. Esto lo hacen fomentando su desarrollo interno y cooperando con otros países no occidentales. La

forma más prominente de esta cooperación es la conexión confuciano-islámica que ha surgido para desafiar los intereses, valores y poder de Occidente.¹⁵

El peligro de este lazo, añade Huntington, reside en que éste recurre a las armas nucleares, químicas y biológicas, a los misiles balísticos y “otras capacidades electrónicas” para lanzar estos sistemas. Específicamente se refiere a Corea del Norte y China (confucianos) y Pakistán, Irán, Irak, Libia y Argelia (islámicos).

Aunque Huntington no termina su ensayo en un tono apocalíptico, sus sugerencias para una política a este respecto claramente revelan un temor hacia el islam, y aún más hacia China. Él advierte que las civilizaciones europea, norteamericana, de Europa Oriental, latinoamericana y rusa (junto con algunos casos “confucianos” particulares como Japón y Corea del Sur) deben cooperar y mantener la superioridad militar. Deben explotar las diferencias y conflictos entre los Estados confucianos e islámicos y limitar el aumento de la fuerza militar de éstos. Huntington modera esta postura maquiavélica al concluir que Occidente debe comprender los apuntalamientos religiosos y filosóficos de estas civilizaciones e identificar “elementos de afinidad” entre éstas y Occidente.

El artículo de Huntington fue profusamente leído, debatido y comentado. La amplitud de su influencia se puede ver en las diversas reacciones occidentales hacia él, algunas a favor y otras en contra de la tesis del autor. Robert Kaplan, en su ensayo “The Coming of Anarchy” modifica el análisis de Huntington destacando la posibilidad de un choque entre el islam y Occidente. Kaplan admite que hay fisuras en el mundo musulmán, pero afirma que el efecto de las presiones ambientales y demográficas, si se añaden a la militancia islámica, compensarán el efecto de estas fisuras, lo que hace más probable una amenaza islámica hacia Occidente.¹⁶

¹⁵ Samuel Huntington, “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 3 (verano de 1993), p. 45.

¹⁶ Robert D. Kaplan, “The Coming of Anarchy”, *The Atlantic Monthly*, febrero de 1994, pp. 62-63.

En la única nota al pie de página de su libro *Out of Control* Zbigniew Brzezinski deja constancia de que él leyó el manuscrito no publicado del ensayo de Huntington mientras su obra estaba en prensa. Brzezinski coincide con la idea de las resquebrajaduras dentro del islam, y con el elemento geográfico de la tesis de Huntington, pero llega a una conclusión mucho menos pesimista cuando afirma que el “diversificado mundo musulmán” no está preparado para emprender una guerra contra Occidente, y que si Estados Unidos actúa sobre la base de esta suposición podría “correr el riesgo de involucrarse en una profecía autocumplida”.¹⁷

Los comentarios al ensayo de Huntington que aparecieron en el número siguiente de *Foreign Affairs* discrepaban uniformemente. Se hicieron planteamientos tales como que las civilizaciones no son impermeables, que los Estados son más poderosos que las civilizaciones y que la tradición se debilita ante la modernidad. Otros comentaristas objetaron la clasificación que hace Huntington de las civilizaciones, calificaron la “hegemonía” islámica como “mito” y señalaron la poderosa fuerza global de la democracia y lo inevitable de una mezcla y fusión de las civilizaciones, más que una separación de ellas.

En las respuestas a Huntington podemos ver la diferencia —dentro de los círculos académicos e intelectuales— entre los legos en temas islámicos y los especialistas como Fouad Ajami y Majid Khadduri, quienes comentaron el texto de Huntington. Pero por desgracia, los legos a menudo ejercen más influencia en el público estadounidense que los especialistas, siendo el propio Huntington un buen ejemplo de los primeros.¹⁸

La ineptitud de los legos, me parece, es uno de los temas implícitos del libro *Covering Islam* de Edward Said. En esa obra Said muestra cómo la prensa estadounidense inventó una

¹⁷ Zbigniew Brzezinski, *Out of Control*, Nueva York, Scribners, 1993, p. 166.

¹⁸ Véase la sección “Comments” en *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 4 (septiembre-octubre de 1993), pp. 2-21. Aparte de los comentarios de Ajami y Khadduri están los de Kishore Mahbubani, secretario delegado de Asuntos Extranjeros de Singapur; Robert Bartley, editor de *The Wall Street Journal*; Liu Binyan, director de la Princeton China Initiative, y Jane Kirkpatrick, ex embajadora de Estados Unidos ante la Organización de Naciones Unidas.

ficción llamada “islam” para sí misma y para el público, algo así como el retrato estadounidense del “comunismo” de los años cincuenta. El problema central del estudio de Said —problema que surgió claramente en conexión con la crisis de los rehenes en Irán que terminó en 1981— es el de la estrecha afiliación entre el lenguaje y la realidad política. Esencialmente, Said critica a los legos de la índole de Huntington:

Hablar del “islam” en Occidente hoy en día, es referirse a muchas cosas desagradables [...] Además, es improbable que “islam” signifique algo que uno conozca directa u objetivamente. Lo mismo se puede decir de nuestro uso de “Occidente”. ¿Cuánta gente que usa estas etiquetas con furia o con asertividad tiene un dominio sólido de todos los aspectos de la tradición occidental, o de la jurisprudencia islámica, o de las verdaderas lenguas del mundo islámico? Muy poca, por supuesto, pero esto no le impide a la gente hacer caracterizaciones, con toda confianza, del “islam” y de “Occidente” o creer que sabe exactamente de lo que está hablando.¹⁹

Es por esta misma razón por la que debemos tomar en serio las etiquetas. Para un musulmán que habla de “Occidente” o para un estadounidense que habla del “islam”, estas enormes generalizaciones tienen detrás todo un mundo de significado que se basa en una comprensión superficial de la historia, que a la vez confiere autoridad y desautoriza. Las etiquetas, ideológicas e impulsadas por potentes emociones (como vimos en el pasaje del *Infierno*), han sobrevivido a muchas experiencias y han demostrado que son capaces de adaptarse a nuevos acontecimientos, informaciones y realidades. Hoy por hoy, “islam” y “Occidente” han adquirido una importancia nueva y poderosa en todas partes, como lo podemos ver en Huntington. Lo más interesante, empero, es el hecho de que

[...] siempre es Occidente, y no el cristianismo, el que parece enfrentado al islam. ¿Por qué? Porque se supone que mientras “Occidente” es más grande que el cristianismo su principal religión, y que la ha superado como etapa, el mundo del islam —no obstante sus variadas sociedades, historias y lenguas— todavía está sumido en la religión, el primitivismo y el atraso.²⁰

¹⁹ Edward Said, *Covering Islam*, Nueva York, Pantheon Books, 1981, p. 9.

²⁰ *Ibid.*, p. 10.

Afortunadamente para nosotros, Edward Said no es el único que le ofrece al público análisis rigurosos como éste. Otros penetrantes trabajos de académicos especializados ofrecen igualmente puntos de vista cuidadosos y equilibrados, entre ellos William Pfaff en su *Wrath of Nations* y John Esposito en *Islamic Threat: Myth or Reality?* Pfaff considera que el movimiento fundamentalista islámico es esencialmente defensivo y aislacionista más que expansionista. Dado que estos musulmanes tratan de huir de Occidente, “¿por qué querrían incorporar aún más de Occidente y de su civilización dentro de sus propias fronteras religiosas? [...] No soñarían con intentar invadir a las sociedades occidentales, incluso si eso fuera posible.”²¹

La conclusión de Esposito es que la percibida “amenaza musulmana” no tiene un fundamento cultural o religioso:

Así como algunos sueñan con la creación de un Nuevo Orden Mundial y muchos millones en el norte de África, Medio Oriente, Asia Central y en el sur y el Sudeste de Asia aspiran a una liberalización política y a una democratización más grandes, la vitalidad continua del islam y de los movimientos islámicos no necesita considerarse como una amenaza sino como un desafío. Para muchos musulmanes, el movimiento para la renovación de la fe islámica es un movimiento más social que político cuya meta es una sociedad de mentalidad y orientación más islámicas, pero no necesariamente la creación de un Estado islámico. Para otros, el establecimiento de un orden islámico requiere la creación de un Estado islámico. En ambos casos, el islam y la mayor parte de los movimientos islámicos no son necesariamente antioccidentales, antiestadunidenses o antidemocráticos. Si bien son un desafío a la anticuada suposición del orden establecido y a los regímenes autocráticos, no necesariamente amenazan los intereses estadunidenses. Para nosotros, el desafío es entender mejor la historia y las realidades del mundo musulmán. Reconocer la diversidad y las muchas facetas del islam contrarresta nuestra imagen de una amenaza islámica unificada. Disminuye el riesgo de crear profecías autocumplidas acerca de la batalla del Occidente en contra del islam radical.²²

²¹ William, Pfaff, *The Wrath of Nations*, Nueva York, Simon & Schuster, 1993, p. 109.

²² John Esposito, *The Islamic Threat: Myth or Reality?*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 212.

Conclusión

He intentado esbozar aquí cierto estándar desequilibrado de juicio respecto al islam en los medios de comunicación y en algunos círculos académicos, que lo equipara con la violencia, el fanatismo religioso y las actitudes primitivas. Hay que señalar también en este punto, que el terrorismo no reconoce fronteras religiosas o étnicas. Unos cuantos ejemplos bastarán para ilustrar su universalidad, y el estándar doble que se usa en los medios y círculos más serios para identificar a sus perpetradores.

El Ejército Republicano Irlandés (ERI) en repetidas ocasiones ha colocado bombas en Londres y otros lugares, matando e hiriendo, tan sólo en 1992, a más de trescientas personas; sin embargo, las crónicas en los medios de comunicación nunca han llamado a estos terroristas “católicos”. Los actos terroristas contra los musulmanes en Birmania no se identifican como actos de “terrorismo budista”, tan sólo porque tenemos una noción preconcebida de que el budismo y el terrorismo no son compatibles. El genocidio, a menudo consistente en mutilaciones, violaciones y torturas, ejecutado en contra de los musulmanes bosnios (que son identificados como una comunidad religiosa) no hace que los perpetradores sean llamados “cristianos ortodoxos” sino “nacionalistas serbios”.

Volvamos al caso de la ciudad de Oklahoma para otro excelente ejemplo de esta “falsa propaganda” étnica. *The Wall Street Journal* del 20 de abril de 1995, al informar del bombarzo en el edificio federal, comentaba que había dos teorías sobre quién sería el responsable. La primera apuntaba hacia los “extremistas islámicos”, la segunda hacia las “sectas davidianas”.

Como al primer grupo se le asignó una identidad religiosa (islam), al segundo se le debería haber etiquetado como “cristiano”. Más que simplemente usar “islam” como un significante para indicar “terrorismo”, la solución simple y correcta hubiera sido identificar a los terroristas mediante su nacionalidad y afiliación como grupo. Es decir que grupos específicos de Egipto, Libia e Irán deberían identificarse de la misma

manera como se hace con grupos irlandeses, birmanos o serbios. Esto sería una forma mucho más adecuada de designación, ya que los que perpetran actos de violencia, rara vez musulmanes píos o practicantes, con frecuencia usan el islam sólo como un matiz protector. En otras palabras, hay que separar el análisis del terrorismo del de una de las religiones más extendidas y probablemente de crecimiento más rápido en el mundo actual.

A lo largo de todo el mundo, los actos de violencia contra víctimas inocentes son llevados a cabo por grupos de toda índole. Los que cometen estos actos son una pequeña minoría de individuos fanáticos con inspiración más política que religiosa. Ellos son universalmente condenados por autoridades mundiales y nacionales, y los dirigentes musulmanes responsables no van a la zaga en esa condenación. La presteza con la que los medios de comunicación —e incluso algunos académicos— sacan conclusiones acerca del origen de la violencia, contrasta marcadamente con las verdaderas estadísticas sobre el terrorismo internacional. Tal como Ralph Braibanti lo muestra en su obra pionera *The Nature and Structure of the Islamic World* (1995), los informes del periodo de 1990-1994 contabilizan un total de 2 096 actos de terrorismo internacional:

La región donde se cometió el mayor número es Latinoamérica con 695 (33%). A excepción de un incidente ocurrido en Argentina en 1992, ninguno se relacionaba con cuestiones de Medio Oriente o islámicas. En segundo lugar estaba Europa occidental, con 648 (30%). Hubo 436 incidentes (21%) en Medio Oriente. El 16% restante tuvo lugar en Asia (218), África (98) y América del Norte (1). Algunos de los actos terroristas en Asia y Europa se conectaban con Medio Oriente, aunque los informes no describen este asunto en forma explícita. Mi propio cálculo sería que algo así como 25 actos en Europa y Asia tenían alguna conexión con Medio Oriente (quizá el islam). Esto sólo incrementaría a 21.1% el porcentaje de actos posiblemente relacionados con musulmanes.²³

Aunque esta escalada parece acelerarse a veces, en térmi-

²³ Ralph Braibanti, *op. cit.*, p. 11.

nos de la imagen negativa del islam en Estados Unidos (el presidente de la cámara baja Newt Gingrich en varias ocasiones ha hecho advertencias acerca del "islam totalitario"), varios acontecimientos, especialmente desde la Guerra del Golfo, han hecho que esa imagen mejore un poco, y quizás propicien que por lo menos esta escalada amaine.

El primero de dichos acontecimientos ocurrió en el ámbito religioso. Las corrientes más importantes del protestantismo, el catolicismo y de la Iglesia ortodoxa oriental han abandonado sus enfoques excluyentes hacia otras religiones. Las palabras "infiel" y "pagano" han desaparecido de los himnos y de las declaraciones oficiales. Las Iglesias católica romana y ortodoxa manifiestan ahora una mejor apreciación del islam y un mejor entendimiento de las culturas árabes e islámicas.

En el ámbito político, como dice Braibanti, se pueden señalar varios cambios que favorecen una mejor percepción del islam. En Estados Unidos, la estrategia cada vez más refinada de grupos musulmanes y árabes, ha logrado hasta cierto punto, neutralizar las deformaciones hechas por Occidente de las culturas y religión islámicas. Entre las organizaciones que en la actualidad están aprendiendo a usar las estrategias de otros grupos, en particular de los judíos, se encuentran el Consejo Islámico Shura de Norteamérica (Islamic Shura Council of North America); la Sociedad Islámica de Norteamérica (Islamic Society of North America); el Comité Musulmano-Estadunidense (American Muslim Committee); el Comité Árabe-Estadunidense Contra la Discriminación (American-Arab Anti-Discrimination Committee); el Consejo Norteamericano para la Mujer Musulmana (North American Council for Muslim Women); el Consejo para las Relaciones Islámico-Estadunidenses (Council on American-Islamic Relations); y el Instituto Árabe-Estadunidense (Arab-American Institute).

El Consejo para la Política hacia Oriente Medio (Middle East Policy Council) publica la prestigiosa revista *Middle East Policy* (antes *Arab-American Affairs*), que pasa por su décimo-cuarto año. También hay varias organizaciones musulmanas exitosas que tienen objetivos tanto profesionales como intelectuales. La mayor de éstas, la Sociedad Islámica de

Norteamérica —cuya sede se encuentra en Plainfield, Indiana— sirve como organización que ampara a 521 sociedades musulmanas profesionales y de otro tipo, y celebra convenciones anuales a las que asisten miles de musulmanes. El Instituto Internacional para el Pensamiento Islámico (International Institute of Islamic Thought) —establecido en Herndon, Virginia— publica desde 1983 la influyente revista académica *The American Journal of Islamic Social Sciences*. El impacto de estas actividades, tanto político como académico, poco a poco empieza a hacerse sentir en Estados Unidos.

Por último, los medios de comunicación no han sido completamente negativos en sus opiniones sobre el islam, en particular desde la Guerra del Golfo y del Tratado de Paz entre Palestina e Israel. Incluso el artículo de *The New York Times* que mencioné, en su primer párrafo decía que “una amenaza verde puede ser una salida fácil para explicar la existencia de opositores”. Quizá en un esfuerzo por compensar las distorsiones en la información periodística, en especial en el análisis del bombardeo de Líbano por Israel (lo que claramente indica un intento del *Times* por apoyar la candidatura de Peres en las entonces inminentes elecciones en Israel), dicho periódico publicó, el lunes 29 de abril de 1996, en primera plana una fotografía de devotos musulmanes en la mezquita Markaz del barrio de Queens, en Jamaica, que guardaban la fiesta de Eid Al-Adha. El artículo explica que la fiesta conmemora la disposición que tuvo Abraham de sacrificar a su hijo, y así establece una conexión entre el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, que es muy saludable y constructiva.²⁴

Para concluir, consideremos brevemente un artículo representativo de una actitud más razonada hacia el islam, hacia la que parecen inclinarse lentamente los medios de comunicación. Un editorial de Richard Cohen publicado en *The Washington Post* el 27 de julio de 1993, unos meses después del atentado con bomba en el World Trade Center de Nueva York, declara:

²⁴ Véase la fotografía de primera plana de José López titulada “Observing Islam’s Holiest Day”, *The New York Times*, 29 de abril de 1996, sección A, p. 1.

El miedo al islam está profundamente embebido en la cultura occidental. Debemos dejar de ponerle etiquetas a una religión tan grande (el islam) o a un pueblo entero (el árabe) cuya diversidad es apabullante. Ellos tiene sus fanáticos, por supuesto, pero antes de tirar piedras de burdas generalizaciones, deberíamos revisar nuestros techos de vidrio.²⁵

Traducción del inglés de:
GERMÁN FRANCO TORIZ

²⁵ Richard Cohen, *The Washington Post*, sección 1, p. 20.